

llegando a afirmar que son las preguntas radicales (¿quién soy yo? y ¿qué va a ser de mí?) las que definen toda verdadera filosofía. El libro concluye con una consideración de la persona y la creación, y la pregunta por Dios en la filosofía.

Puede resumirse el significado del libro en las propias palabras de Marías: "el sentido de este libro es el propósito de introducir radicalmente la perspectiva personal y biográfica en la filosofía" (p. 184). Esto es así porque, según Marías, la filosofía es un asunto personal y sólo desde la perspectiva personal puede hacerse una verdadera filosofía.

El libro refleja una visión de la filosofía, nacida de una mirada atenta a su historia y vivida como una tarea solitaria que brota de una profunda vocación. Puede decirse que en su totalidad esta obra es un ejercicio propiamente filosófico, ya que cumple el genuino propósito de la filosofía: autojustificación, autorrevisión y, si es necesario, autocrítica. Como desde su inicio la filosofía ha sido el saber que da razón de sí mismo puede decirse que éste es un libro filosófico en el más propio sentido. Pero además de ser diagnóstico quiere ser terapia y la propuesta de Marías ante la situación actual de la filosofía puede resumirse en estas palabras: "lo único que puede remediar la decadencia del pensamiento e impedir que caiga en desuso es que se restituya en su pleno rigor y con la exigencia de radicalidad. Esto sólo puede hacerse mediante un renacimiento de la filosofía en sentido estricto" (p. 84).



Julia Urabayen

McCarthy, Thomas: *Ideales e ilusiones. Reconstrucción y deconstrucción en la teoría crítica contemporánea*, Tecnos, Madrid, 1992, 236 págs.

Se trata de un conjunto de ensayos publicados ya anteriormente en diferentes revistas filosóficas a lo largo de los últimos años y que ahora beneficiados de las críticas y comentarios que suscitaron en su día constituye un trabajo ágil en torno a una de las cuestiones que más ha *tirado* de la especulación filosófica en este siglo. Con una gran claridad expositiva el autor dialoga con las propuestas que representan las principales visiones de la racionalidad teórica y práctica y que él divide en deconstructivismo y reconstructivismo.

El punto de partida de estas posturas es, una vez más, Kant. El carácter meramente regulativo de las ideas de la razón indica que un uso distinto, es decir, constitutivo, dará lugar necesariamente a ilusiones: las ilusiones de la metafísica especulativa. Ahora bien, el anclaje de tales ideas en la naturaleza de la misma razón hace posible su detección, pero no su eliminación definitiva. "Las discusiones metafísicas de hoy día bien podrían verse como desacuerdos sobre qué hacer con tales ideas de la razón. ¿Son ilusiones del pensamiento logocéntrico que han de ser infatigablemente deconstruidas o son supuestos inevitables del pensamiento y la acción racional que han de ser cuidadosamente reconstruidos?" (p.13). El autor, siguiendo la postura de

Kant, considera ambas alternativas necesarias incluso ahora, cuando por razón se entiende una facultad *encarnada, mediada culturalmente y entretejida con las prácticas sociales*. Por ello, no se conforma con las propuestas parciales que –tras los pasos de Nietzsche y Heidegger– atacan de raíz las concepciones kantianas de la razón y del sujeto racional y en su afán crítico conducen a una vía negativa que preocupada por lo particular y contingente de modo completamente unilateral rechaza lo universal, peremne y necesario sin lo cual –como muestra McCarthy– ni su misma crítica es posible. El contextualismo de Rorty, la genealogía de Foucault y el deconstructivismo de Derrida son criticados en cada uno de los ensayos extrayendo las implicaciones que sus propuestas tienen para la teoría social crítica desde la que el autor hace su propia propuesta en la segunda parte.

Igualmente destaca la unilateralidad de aquellos que tras la estela de Marx y Hegel convierten la razón kantiana en un producto exclusivamente sociohistórico. El intento habermasiano llama a las ideas de la razón *presupuestos pragmáticos de la comunicación*; son eficaces organizadores de la comunicación, siempre abiertos a la crítica futura. Pero Habermas no tiene en cuenta al reconstruir los supuestos idealizantes *los tipos de supuestos ontológicos de los que se ocupan los deconstruccionistas bajo las rúbricas de lenguaje, cultura, Seinsgeschichte, différence, poder*.

Frente a las metafísicas negativas, McCarthy considera que la clave está en mantener la bifocalidad de las ideas de la razón, es decir, en lograr "una equivalencia práctico-social de la crítica de Kant a la razón que combine tanto la reconstrucción (una analítica) como la deconstrucción (una dialéctica)" (p. 14). Para ello propone una continuación de las tesis de Habermas que reconozca el potencial abuso de los supuestos o ideales y *bajo su tutela regulativa permita que las demandas que realizamos al comunicarnos con nuestros asociados estén intrínsecamente relacionadas con razones que pueden ofrecerse a favor o en contra de ellas*. Además la capacidad que tienen de trascender el contexto –subraya McCarthy– esconde un potencial dogmático y, al mismo tiempo, subversivo por estar permanentemente expuesto a la crítica.

Sin embargo, –y dado el punto de partida del autor– la felicidad universal, la experiencia religiosa, la justicia, la libertad, etc. sólo pueden ser fines que inevitablemente perseguimos como condiciones para la acción, sin que la razón que nos los muestra como ideales pueda hacer otra cosa que desenmascararlos como ilusiones. Trágica es la naturaleza del hombre entendido exclusivamente como razón encarnada y contextualizada que reconoce que un discurso es *verdadero* discurso, si tiene anhelo de universalidad pero constata que *sólo* era un anhelo que muere por ilusorio.

El libro tiene un índice muy claro, con capítulos claramente diferenciados –que permite una lectura selectiva– y agrupados en dos partes que recogen cada una las dos líneas poskantianas señaladas.

Lourdes Flamarique